

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM. 87

40 Cents.

17 OCTUBRE  
1926

HEMBROS  
MADRID

¿TE ACUERDAS DEL DURO QUE  
PERDÍ LA SEMANA PASADA?

SI, PROFESOR

PUES HOY AL PONERME UN  
CHALECO VIEJO ¿QUE DIRÁS  
QUE ME ENCUENTRO EN  
UN BOLSILLO?

¡EL DURO!

NO, EL AGUJERO  
POR DONDE SE ME  
CAYÓ





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



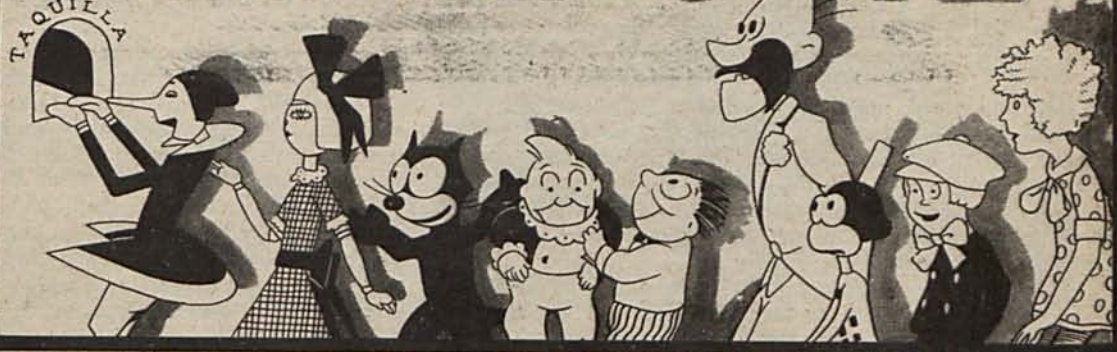


**PROGRAMA  
PARA HOY**

**UN  
RASTRO  
EN EL  
MAR**

*Sensacional*

# GRAN CINE



## Cogidos en el lazo.

El oficial Colin Wood, capitán del destroyer británico *Huracán*, hallábase en el mar Mediterráneo cumpliendo una misión especial, y acababa de desembarcar (en el punto escogido por la Armada para base naval) con el objeto de recibir instrucciones del almirante del puerto.

Este entregó una cartera de cuero cerrada con llave, diciéndole:

—Esta cartera es para que la entregue usted a sir Morgan Meredith, que se halla a bordo del yate *Almirante Hiacynth*, en Cádiz; y he de advertirle, capitán Wood, que los documentos que contiene son de gran importancia para la nación; por lo tanto, debe usted evitar por todos los medios que no caigan en otras manos que no sean las del oficial a quien van dirigidos.

—Comprendido, almirante —replicó el capitán del *Huracán* guardando la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta, y abrochando ésta después para mayor seguridad.

En seguida salió Colin Wood para el muelle, donde le esperaba el bote del *Huracán*.

La noche era oscura y lluviosa. Colin iba deprisa por la carretera, en la cual, debido a lo avanzado de la hora, no se veía más persona que él. De repente, de una calle lateral que desembocaba en la carretera salieron voces como de pelea y un grito pidiendo socorro. Al grito siguieron unos cuantos golpes y después más gritos ahogados que decían «¡Perros! ¡Cobardes! ¡Canallas!».

Colin Wood se indignó, y como su carácter no le permitía hacerse el sordo ante los gritos de «¡Socorro!», echó a correr por la callejuela de donde venían las voces. A través de la

oscuridad vió moverse la silueta de un hombre que, de espaldas a la pared, se defendía de otros tres que le atacaban. Colin tomó parte en la refriega, y aunque no sabía el motivo de ella, le bastó ver que era uno contra tres para ponerse de su lado y empezar a golpear a los otros tres.

Pero llevóse un gran chasco, porque el individuo a quien venía a defender volvióse lanzando una exclamación de triunfo y se echó sobre Colin gritando:

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo sin perder tiempo!

Y el capitán encontróse en una lucha desigual de cuatro contra uno. Demasiado tarde ya, comprendió que había caído en un lazo y que había sido vilmente engañado por aquel grito traidor que pedía socorro, y al cual se había apresurado a acudir.

Peleó denodadamente y aún tuvo la satisfacción de dar varios golpes a sus agresores antes de que lo derribaran al suelo. Entonces, mientras tres de ellos le sujetaban impidiéndole gritar, el cuarto le registró los bolsillos. Hasta aquel momento había creído Colin que se trataba de unos vulgares salteadores de caminos, cuyo único cebo era el robo; pero al ver que le registraban el bolsillo interior, comprendió que el motivo de tenderle aquel lazo era mucho más serio.

—Aquí está —murmuró el hombre sacándole la cartera—.

Aquí están los documentos.

Recordando la advertencia que le hiciera el almirante, Colin hizo esfuerzos desesperados por salvar los preciosos documentos de manos de aquellos bribones; pero el esfuerzo re-

sultó infructuoso, porque un golpe brutal asestado en una de las sienes le quitó las fuerzas para seguir luchando y cayó al suelo de espaldas, mientras los individuos huían en la oscuridad con los documentos.

## Caza nocturna.

El estado de atolondramiento e impotencia en que quedó Colin Wood duró sólo algunos momentos, pues irguióse a tiempo para ver que sus agresores se metían por la carretera que conducía al muelle. Púsose en pie de un salto y echó a correr en persecución de los fugitivos. Llegó a la esquina, la dobló y vió a los cuatro agresores que corrían a unos cincuenta metros delante de él. Aunque hizo los posibles por batir el recor de aquella carrera, no pudo, pues la reciente lucha había causado en él su efecto, y le fué imposible continuar mucho tiempo a aquel paso.

Los fugitivos llegaron al muelle y saltaron a una gasolinera que estaba allí amarrada. Colin echó otra carrera y desde el muelle dió un salto a la gasolinera, sin contar con que se

moviera tan a prisa que cayó en las oscuras aguas, perdiendo la borda sólo por unos centímetros.

La gasolinera se alejó trepidando y salpicando el agua a ambos lados.

—¡Ah del *Huracán*! ¡Guardia marina Spring! ¡Alerta! —gritó Colin Wood poniendo la mano de tornavoz al volverse hacia el muelle. De entre la oscuridad salió una voz respondiéndole, y al llegar Colin a las escaleras del embarcadero, ya venía el bote del *Huracán* a buscarle. El capitán subióse, dando órdenes a la tripulación.

—¡Hay que perseguir a una gasolinera que acaba de salir corriendo con di-

rección a la boca del puerto! Se ha perdido en la oscuridad; pero podemos seguir la estela del agua.

—Esa gasolinera acaba de pasar por delante de nosotros, mi capitán —respondió el guardia marina—, y va hacia afuera; pero con este bote será muy difícil alcanzarla.

—Pues hay que cogerlos; y si no podemos en este bote, en el *Huracán* —dijo Colin enérgicamente.

El bote corría todo lo que podía siguiendo el rastro que dejaba la gasolinera. Cuando el capitán vió que la gasolinera se metía mar adentro, ordenó ir a donde estaba anclado el *Huracán* fuera del puerto. Subió Colin a bordo, dando órdenes mientras llegaba al puente para que empezaran a funcionar los reflectores. Con las luces tampoco pudieron ver a los fugitivos; pero un rastro de espuma blanca en el mar en calma les indicó el rumbo que habían tomado.

Era el *Huracán* uno de los buques más rápidos en su clase; pero así y todo no era tarea fácil alcanzar a una gasolinera que se abría camino por el mar a una velocidad de cuarenta nudos por hora.

El teniente Mc. Todd, que estaba en el puente cuando lle-

Los mejores Pinochistas son mis suscritores. Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

PINOCHO





gó el capitán, escuchó el relato que éste le hizo de lo sucedido, tomando tanto interés como él en alcanzar a los agresores.

—Parece como si se dirigiesen a la costa del norte de Africa, mi capitán —observó Mc. Todd.

—Efectivamente. Saben que allí no será tan fácil seguirles la pista como por el lado europeo del Mediterráneo.

Y Colin, con sus poderosos gemelos de noche fijos en los ojos, escudriñaba los rayos movientes que arrojaban los reflectores, intentando ver la ola de agua que suponía iría levantando la gasolinera.

—No acabo de verlo, Mc.; pero seguimos en la pista gracias a que la noche está tan tranquila, porque la espuma que levanta la hélice dura un rato después de pasar la embarcación.

El *Huracán* siguió navegando una hora velozmente, y luego perdió el rastro al pasar otro barco junto a la gasolinera, y tuvo que emplear un tiempo precioso en volver a buscar la estela de espuma. Hasta las primeras luces grises del alba no volvieron a verla. La gasolinera se abría entonces camino por en medio de una fila de rocas y bancos de arena que bordeaban un lugar solitario del norte de Africa.

—Ha tenido suerte la Armada, porque con poco que nos hubiéramos descuidado, habríamos perdido a nuestra presa en el continente.

Acercóse el *Huracán* todo lo que pudo a los peligrosos bajos, y fué echado al agua un bote para llevar a Colin y a seis hombres en persecución de los fugitivos; pero ellos, al ver que se aumentaba el peligro, redoblaron la marcha, ocurriéndoles, al hacerlo así, el desastre que tanto se esforzaban por evitar. La gasolinera chocó contra un bajo, quedando la quilla completamente destrozada.

Los ocupantes de la gasolinera fueron lanzados al agua con el choque; y el bote del *Huracán* corrió hacia ellos, teniendo buen cuidado el capitán de que no les ocurriera el mismo percal que aquéllos. Los cuatro fugitivos treparon encima de una roca, y al salir del agua apareció, por encima de los árboles que crecían a la orilla de la costa, un hidroplano.

Este, después de planear por encima de los árboles, dirigióse a la peña donde se cobijaban los naufragos para amarrar a diez metros de ella sobre las tranquilas aguas. Entonces, los fugitivos echáronse al mar para alcanzar el hidroplano.

Los del *Huracán* comprendieron claramente que el avión estaba de acuerdo con ellos para esperarlos en aquel solitario lugar; un plan cuidadosamente premeditado para llevarlos desde allí al sitio donde pensaban esconder los documentos. Más tarde se descubrió que eran espías extranjeros, muy hábiles y bien pagados.

Colin no tenía esperanza de llegar al hidroplano antes de que éste alzara el vuelo; así, pues, ordenó volver al *Huracán*, y al levantarse el hidroplano de las aguas para elevarse en el aire, dispararon uno de los cañones del *Huracán*, y el proyectil salió silbando, destructor.

### La persecución.

El proyectil erró el blanco por unos centímetros y cayó en el mar produciendo un terrible chapoteo. Siguió otro disparo, que casi consiguió alojarse en el hidroplano, pues pasó rozando el ala izquierda. Pero el aparato continuaba volando velozmente, y el piloto lo hacía bajar y subir y oscilar tan hábilmente que era muy difícil poder dar en el blanco. Otros dos proyectiles erraron también el tiro, y cuando el hidroplano bajaba para ocultarse detrás de los árboles, el sexto cañonazo le alcanzó, al fin, arrancándole la cola.

—Con esto ha quedado inválido, y no le queda más remedio que amarrar —exclamó Colin Wood.

El bote del *Huracán* dirigióse a la orilla, y al llegar a tierra vieron una columna de humo que se levantaba por detrás de los árboles.

—Es el pájaro marino que está ardiendo, mi capitán —dijo el guardia marina.

—Pero los pasajeros han tenido tiempo de escapar —observó Colin.

—Sí; pero esta vez no tienen más que las piernas para huir, y no nos perderán de vista tan fácilmente.

La patrulla hizo un rápido desembarco y metiéronse por entre los árboles, yendo Colin a la cabeza. Al otro lado del bosque estaban los restos del hidroplano, ardiendo al borde de una planicie de arenisca.

—Este asunto les ha costado un ojo de la cara a los espías —comentó Spring—, porque en pocos minutos estos rufianes han perdido una gasolinera y un hidroplano.

—Eso es una bagatela, Spring. Inglaterra tiene muchos enemigos que sacrificarían, no digo yo un hidroplano, una flota entera de barcos de guerra con tal de dar un golpe a nuestro país.

Mientras hablaba, Colin Wood iba escrutando el terreno, y no le costó trabajo encontrar huellas de pisadas en la arena blanda, que iban desde el hidroplano hasta una hondonada que tenía el terreno.

Colin y sus seis hombres fueron siguiendo el rastro, y al llegar al borde de la hondonada vieron en el fondo de ella las ruinas de arenisca de un antiguo templo. Empezaron a bajar silenciosamente a las ruinas, y mientras bajaban sonaron dos tiros. Dos marineros cayeron heridos en la arena. El resto de ellos quedaron ilesos; pero desde la hondonada continuaban los tiros, uno de los cuales hirió a Colin en un hombro.

Estimulado por el dolor, el capitán continuó la carrera delante de sus valientes marineros. Precipitáronse todos en el templo, del cual salieron corriendo cuatro hombres. Corriendo a todo correr Colin alcanzó a uno de ellos y le atenazó con sus manos de hierro. El hombre, que era alto y forzudo, luchaba como un tigre por libertarse, y entablóse entre ambos una terrible lucha, y mientras Colin agotaba hasta la última partícula de su fuerza para vencerle, el resto de la patrulla corría a dar caza a los otros. Estos, al verse acorralados, volviéronse contra los marineros, y uno de ellos hirió a Bob Luck, que cayó con una bala en una pierna.

Entre tanto, Colin iba ya viniendo a su contrario cuando una lluvia de trozos de arenisca cayó sobre él. Colin miró para arriba y

vió que uno de los fugitivos se había subido a un corredor o balcón, desde el cual trataba de derribar la balastrada para aplastarle. El capitán tiró a un lado a su contrario, y apenas se hubo desviado, una gran cantidad de piedra y arena cayó de arriba, rematando así su obra, pues una de las piedras dió a su agresor en la cabeza, derribándole al suelo sin sentido.

El capitán subió corriendo un tramo de escaleras que conducían al corredor, y se encontró cara a cara con el que había tirado la masa de piedras. Abalanzóse sobre él, y tan fiero fué el ataque, que el espía retrocedió y cayó al suelo del templo, arrastrando consigo parte de las ruinas, que al desmoronarse arrastraron a su vez a Colin.

Pero no se causó daño alguno, pues cayó encima del espía, que quedó medio aplastado.

—Ese ya está despachado. Los otros los hemos cogido nosotros, mi capitán —dijo el guardia marina.

Y de este modo la captura de los espías fué completa, y Colin recuperó la cartera, que estaba en poder del que había caído desde el corredor. Los documentos fueron entregados, a su debido tiempo, sanos y salvos.



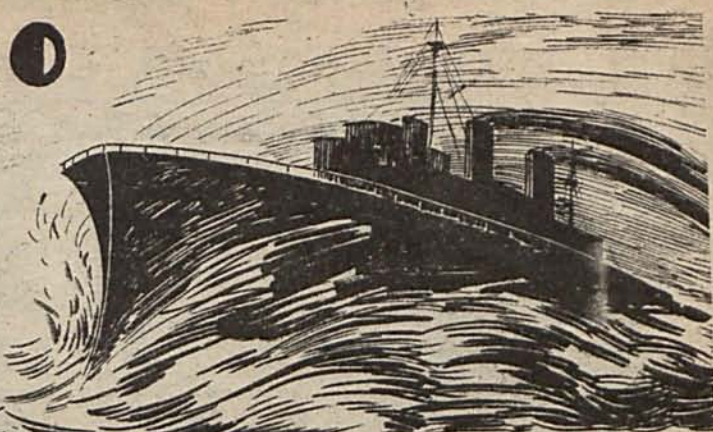
LA  
TERMINADO





# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



(Continuación.)

Nadie se fijaba en él. El capitán Davy, viendo a su hija más tranquila, se había acercado al joven irlandés para preguntarle:

—Patrick, ¿de dónde has sacado ese agua?

—Es mi secreto —respondió el marinero.

—Quiero saberlo.

—¿Para qué?

—¡Oh...!

—Ea; era el último sorbo. Ya no hay más, y el saber su procedencia no conduce a nada; eso es todo.

Y el bravo irlandés volvió a sumirse en su taciturna inmovilidad.

El capitán Davy quedó pensativo durante algunos momentos aún; de improviso tomó una mano a su compañero y se la estrechó con fuerza.

—Adivino —exclamó—. Tú no te has bebido tu última ración para reservarla para alguien..., para mi hija quizá.

El marinero intentó protestar.

—Sí, así lo has hecho —añadió—, y yo, que soy su padre, ni lo he hecho ni lo he pensado siquiera. Soy un egoísta; tú eres mejor que yo.

—Capitán...

—Sí, Patrick. Moriremos probablemente; pero estoy seguro que en este instante allá arriba, al pie del trono de Dios, hay un ángel, la madre de Ellen, que ruega por ti.

Calló mientras el irlandés volvía hacia otra parte su faz lacrimosa, y se volvió porque sintió que alguien le tiraba violentamente de una manga.

Era Black.

—¿Qué quieres, pobre amigo mío? —dijo haciéndole caricias e intentando librarse de él.

Pero el perro se sostuvo y continuó tirando y gruñendo airado.

Una horrible sospecha asaltó la mente del capitán.

—¡Dios...! —gritó precipitándose sobre el hacha y alzándola con ánimo de herir al pobre alano—. ¡Black está hídrofobo!

En tal momento un poderoso estruendo, imposible de confundir con el trueno, retumbó en la lejanía.

Los dos hombres le soltaron. Black, viendo que se le había comprendido, abandonó la manga de su amo y comenzó a correr arriba y abajo por la balsa, ladrando y olfateando el aire.

—Algo sucede —balbuceó el capitán Davy, procurando aguzar la vista y el oído, debilitados por largo ayuno y los sufrimientos.

Patrick, más joven y fuerte, reunió todo su vigor en un esfuerzo de agilidad y trepó presto por la arboladura de la balsa hasta la parte más alta, y desde allí exploró con ansia el horizonte. De repente dejó escapar una exclamación de dudoso significado.

—¡Capitán! —gritó luego entusiasmado—, estamos salvados, estamos salvados.

—¿Qué dices...? Tú te engañas —respondió el otro, embargado la voz por la emoción.

—Oh, no me engañes; el Cielo ha tenido lástima de nosotros.

—¡Explicate, por Dios...!

—Mirad allá..., allá abajo.

—¿Qué, qué?

—Hacia aquella faja de nubes.

—Sí, veo... ¡Ah!

—¿Qué veis?

—Espera... Una mancha oscura...

—¿No distinguís dos?

—Creo que sí... ¡Ah Dios mío, haz que nuestra vista no nos engañe.

—Tranquilizáos —dijo el joven irlandés, dejándose deslizar hacia abajo—. Os juro que allá hay dos barcos. Estamos sal...

Un segundo estampido, mucho más fuerte que el primero, le cortó la palabra. Al mismo tiempo se iluminaron las

nubes a flor de agua por una llama rojiza que parecía surgir de los abismos oceánicos, se levantó una enorme columna blanca, como de humo, y algunas nubecillas blancas flotaron por el espacio.

El capitán Davy y Patrick, asustados, permanecieron mudos. Después volvieron a fijar la vista en el lugar donde se desarrollaba aquella escena inexplicable.

Una de las manchas negras, la señalada en primer término, había desaparecido; la otra iba agrandándose rápidamente, tomando la forma, cada vez más definida de un barco que parecía avanzar en dirección de la balsa, así como para cortar el paso.

—Es un trasatlántico —dijo el capitán.

—Es algo más —replicó el irlandés.

—¿Qué quieres decir?

—En mi concepto aquello es un crucero.

—Mejor: los oficiales de la marina de guerra tienen obligación de socorrer a los naufragos.

—Es deber de todo marinero.

—Sí; pero hay quienes para evitarse una molestia pasan de largo. Ahora, Patrick, ocupémonos de llamar su atención.

—Creo que ya nos han visto.

—No importa; si dejamos escapar esta ocasión, estamos perdidos.

Los dos hombres reunieron sus últimas fuerzas y se pusieron a gritar y gesticular. Black creyó oportuno unir a éstos sus lamentos más desesperados.

Miss Ellen, que había en parte comprendido cuanto sucedía, oraba fervorosamente en silencio; y su plegaria, por ser inocente, debía llegar directa a Dios.

Entre tanto la nave desconocida iba agrandándose cada vez más, marchando con maravillosa rapidez y levantando un fuerte oleaje que, propagándose a lo lejos, hacía oscilar la balsa de los naufragos.

El marinero irlandés había acertado. Era un crucero y debía estar provisto de una fuerza excepcional. ¿A qué nacionalidad pertenecía? No podía decirse porque ninguna bandera ondeaba en sus palos ni en el asta de popa.

A dos cables de la balsa retardó la marcha y, mediante una hábil maniobra, vino a pasar casi rozando con ella.

—¡Aguanta! —gritó entonces un marinero largando a la balsa un rollo de cable que se deshacía dando vueltas.

Patrick, avezado a tal operación, atrapó al vuelo el extremo y lo ató al instante a la arboladura.

El crucero arrastró tras sí la balsa algunas decenas de metros, la cual crujía y gemía por todas partes. Después se paró, arrió la pequeña escala de a bordo y aguardó con la benigna condescendencia que aguarda un monstruo para una hormiga.

El capitán Davy y el irlandés inclinaron entonces sobre miss Ellen, a la que la renacida esperanza parecía infundir nueva vida, levantáronla con cuidado y, seguidos por el fiel Black, que ya saboreaba de antemano quién sabe qué manjar, subieron sobre la cubierta del barco desconocido.

De pronto un raro espectáculo cautivó su atención y les hizo permanecer mudos e indecisos, como atontados.

Esparcidos sobre el puente, numerosos marineros, bajo la dirección de algunos oficiales que daban órdenes con un simple movimiento de manos, procuraban lavar grandes manchas de sangre que se percibían acá y allá por el suelo o sobre los blindajes de las torres y de las máquinas. Los carpinteros acababan de derribar parte de la obra muerta, la cual conservaba aún visibles señales de los proyectiles; los mecánicos y los artilleros trabajaban junto a cañones y ametralladoras desmontadas, y planchas y corazas abolladas y agujereadas.

Todos los indicios de una batalla reciente y feroz se deducían de aquella escena inesperada.

(Continuará en el número próximo.)



# Soluciones de los problemas y pasatiempos correspondientes al mes de mayo.

NÚMEROS 63, 64, 65, 66 Y 67

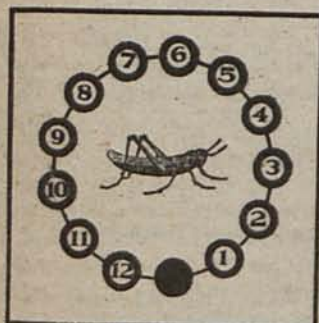
PERICO EL TONTO



EL ASNO DISFRAZADO DE LEÓN



EL SALTAMONTES

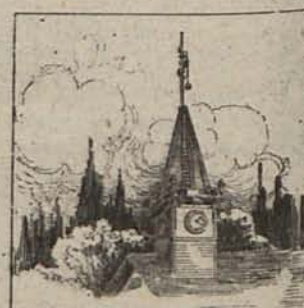


Colocando la ficha 12 en el punto negro, la ficha núm. 1 se coloca en el lugar que ha dejado vacío la 12, y después la 12 pasa a ocupar el lugar de la ficha núm. 1. Repitiendo esta operación con la 2 y la 11, la 3 y la 10, la 4 y la 9, etc., etc., queda resuelto el problema, como veréis por este dibujo.

EL CANTO DE LOS MIRLOS



EL ESCALATORRES

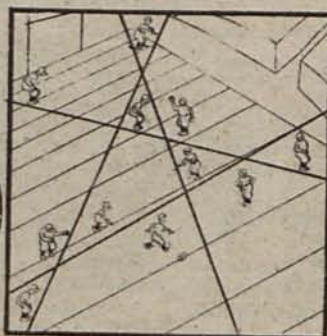


Tardó en subir 6 minutos cada 3 pies, o sea 30 minutos los primeros 15 pies. Los cuatro pies y 8 pulgadas los subió en 4 minutos y 2/3 de minuto. Total: tardó en subir a colocar la bola 34 minutos y 40 segundos.

PALABRAS CRUZADAS



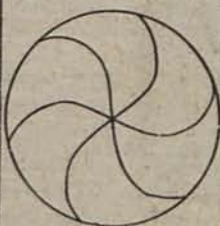
PROBLEMA FUTBOLÍSTICO



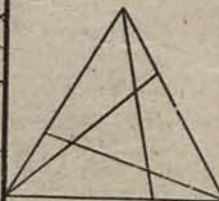
PALABRAS CRUZADAS



LOS GAJOS



EL TRIÁNGULO



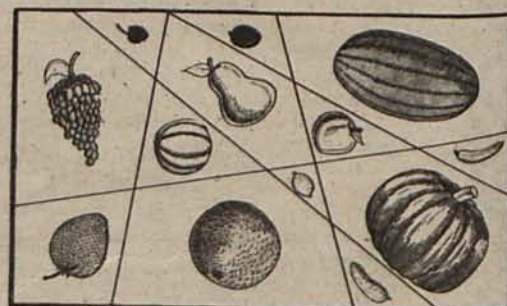
LABERINTO



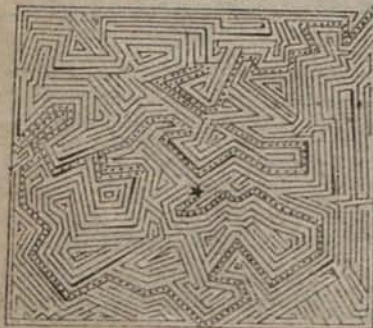
EL VIEJECITO Y LA MONEDA



DIVISIÓN DE FRUTAS



LABERINTO



¿QUE ANIMAL ES ÉSTE?





# EL PÁJARO DE ORO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Hubo una vez unos reyes que tenían tres hijos. El menor se llamaba Alejandro. Siendo los príncipes pequeños aún, murió la reina, madre de los mismos, causando esta pérdida tal pesar al rey, que enfermó, quedando paralítico de brazos y piernas. Así permaneció mucho tiempo, sin que médico alguno acertase a dar un remedio para su dolencia, hasta que tuvo la suerte de que, viéndole un sabio de un país lejano, le hizo concebir esperanzas de una próxima curación. Dió al rey, en efecto, una rama para que la injertase en un manzano de los de su jardín, y recomendó pusieran en su cultivo un gran interés, porque de ello dependía el éxito en la cura del enfermo.

Hecho el injerto, y prendiendo bien y pronto la ramita, dió su primera flor tres años después el arbolito injertado. Esta flor, distinta a las demás de su especie, era muy bonita y de fino y purísimo oro. Tenía el enfermo cifrada la esperanza de su alivio en el fruto de la flor primorosa. Pero en la verbena de la noche de San Juan, cuando abrió su corola la flor delicada, desapareció del árbol que la sostenía, acaso porque algún mal intencionado, descándola, se había apoderado de ella. Esto fué causa de que invadiera una gran tristeza al monarca. Pero la sustracción no tenía remedio, había forzosamente que tener paciencia y esperar durante otro año la nueva flor del árbol.

Para impedir fuese otra vez robada, rodearon al arbolito de una alta verja para que ni personas ni animales pudieran saltarla, y guardó el jardinero la llave. Llegada que fué la primavera, dió el árbol otra flor. Mas llegada también la verbena de San Juan, desapareció la florecilla, sin que comprendiera nadie cómo había podido cometerse aquel hurto.

Fué el rey acometido de una inmensa tristeza, que se comunicó a la vez a la servidumbre de palacio y a todo el reino.

Pasó otro año, y en la primavera dió el arbusto otra flor idéntica a las anteriores. El primogénito del rey tenía diez y seis años a la sazón, y expuso a su padre el deseo de ser él quien vigilase en la noche de San Juan el árbol misterioso para que nadie robara la florecita encantada. Concedida

que le fué esta gracia, sentóse el príncipe bajo el árbol y en él estuvo desde las primeras horas de la noche hasta los primeros albores de la mañana. Pero vió, con asombro, que la flor que con tanto celo guardaba había desaparecido.

La tristeza que se sintió por ello en todo el país no tuvo límites. Y al siguiente año, el sexto de la enfermedad del rey, dió el manzanito de oro, como se le llamaba por todos, la flor maravillosa de siempre. Deseó el segundo hijo del rey ser el guardián de la misma, y también, como su hermano, se sentó al pie del árbol durante la noche de San Juan. Y al amanecer vió, sorprendido, que la flor mágica no estaba en la rama. Al séptimo año, al brotar de nuevo el manzanito, nació la flor enigmática de los pétalos de oro, y la noche de San Juan quiso el niño Alejandro ser el guardián de la flor dorada y brillante. Lejos de quedarse a los pies del arbolito, subió a sus ramas y sentóse al lado de la flor bella para no perderla de vista un solo instante.

Ya cerca de medianoche vió llegar un pajarito que se posó sobre las ramas del arbusto, y cogiendo la flor en el pico, se fué volando con ella. Pero al momento cogió Alejandro al pájaro por la cola, y escapándosele, no le quedó sino una sola pluma entre las manos. Corrió a palacio a contar lo que había sucedido, y enseñando a todos la plumita, observaron, al mirarla, que brillaba como si fuera de oro. Pensaron entonces que lo mejor que podía hacerse era mandar llamar al sabio médico que hubo de aconsejar el injerto de la rama en el árbol que había de volver la salud al enfermo.

Cuando llegó y supo lo que había sucedido a las florecitas del manzano de oro, y después de ver la pluma del pájaro que en las respectivas noches de San Juan se había de ellas apoderado, dijo a los concurrentes:

—Sólo hay un medio que pueda ser bueno para la salud del rey, consistente en que oiga cantar a ese pájaro misterioso y será lo bastante para que adquiera la salud apetecida. Pero he de advertir —agregó— que ese animalito alado tiene su nido muy lejos, allá en un palacio, en los países orientales.

Al oír esto el primogénito, dijo que él recorrería todo el mundo hasta conseguir traer al pajarito, y a cualquier precio que fuese. Pusieron a su disposición un acompañamiento magnífico de pajes y criados y cuanto dinero quiso, y salió con dirección a las naciones del Oriente. Dondequiera que llegaba, se divertía y gastaba con profusión el dinero y el tiempo.

Llegó, en fin, a una ciudad asentada sobre un verdadero Paraíso; el sol brillaba radiante; las flores, bellas y raras, se extendían por todos lados; los pájaros cantaban dulcemente. En este país vivió el príncipe largo tiempo en orgías continuas, olvidando en absoluto el encargo que se le había confiado.

No teniendo el rey noticias de su hijo, le pidió el otro infante el permiso necesario para ir en busca de su hermano y hallar a la vez al misterioso pajarito de oro. Pero habilitado convenientemente, y siguiendo las propias huellas que el anterior viajero, llegó a la misma ciudad donde éste, entronizado, rendía culto fervoroso al desenfreno. Y en ella se acomodó, participando con su hermano de los festines, sin acordarse para nada del pobre padre enfermo ni del precioso pajarito del aurífero plumaje.

Pasó mucho tiempo sin que el rey recibiera noticias de sus hijos. Alejandro, entonces, solicitó y obtuvo permiso de su padre para efectuar el viaje sin aceptar nada, considerando que todo cuanto llevar pudiera, le serviría sólo de estorbo. Durante su excursión cuidó de rehuir toda clase de diversiones, siendo esto causa de que llegase bien pronto a la ciudad hermosa en donde sus hermanos seguían divirtiéndose. Precisamente el mismo día de la

llegada de Alejandro, celebraban éstos una fiesta magnífica y espléndida, en la que campaban profusamente toda clase de libertinajes. Dieron a Alejandro la bienvenida y el parabién más afectuoso sus hermanos y le alentaron para que conviviera con ellos, si le placía y tenía dinero suficiente para gastar en aquellas orgías desenfrenadas.

—Eso es lo que me falta —contestó Alejandro—. No quise proveerme de él, puesto que sólo me mueve el deseo de hallar lo que vosotros habéis olvidado fácilmente, sin importaros un ardite la grave enfermedad de nuestro padre. Si no queréis acompañarme, vuestro deber estribaría sólo en regresar a la casa y acompañar y consolar en su postración y tristeza al desventurado enfermo.

Pero sus hermanos no hicieron caso de tales palabras, contestándole:

—Véte tú, si quieres, que nosotros nos encontramos aquí perfectamente y como en la gloria. Después de todo —continuaron diciendo—, nuestro padre es ya demasiado viejo, y es, por lo tanto, inútil que busquemos remedio a su dolencia.

Alejóse Alejandro del lado de sus desnaturalizados hermanos, y siguió su camino, sin descansar, con dirección a las tierras de Oriente. No encontró a su paso otra cosa que áridos desiertos, altas montañas, valles y barrancos sin verdor y sin frescura, y lugares pantanosos, y tierras encharcadas, que salvaba Alejandro victoriosamente con la fe puesta en la obra magna, hermosa y filial, que le impulsaba a acometerla. Tuvo, no obstante, la desgracia de que el







caballo que montaba, se hundiese y ahogase en una de aquellas pestíferas lagunas que atravesó en su trayecto, y fué milagroso que él mismo saliese con vida de tan duro trance, por lo que continuó a pie y contento el resto del camino.

Encontró en él un raposo de enormes proporciones, y con la particularidad de tener la piel roja y el pelo lacio. Tan pronto como vió a Alejandro, le habló de este modo:

—¿Sigues en tu propósito de hallar al pajarito de las plumas de oro?

—Sí —le contestó—; dispuesto estoy, si es preciso, a perder la vida por conseguirlo.

—Pues obedéceme —repuso el raposo— y te ayudaré, pues conozco el camino que conduce al sitio que tiene su nido el pájaro de oro.

Alejandro prometió obedecerle ciegamente y montó sobre sus lomos para adelantar cuanto pudieran. Salió velozmente el raposo con su carga y atravesaron un bosque espesísimo e inmenso, en el que no penetraba un solo rayo de sol. Alejandro no salió muy bien parado de aquella espesura; de aquellos laberínticos matorrales, zarzas y espinas, porque al cruzar por ellos, le arañaron y lastimaron de tal modo, que la sangre le brotaba de todo el cuerpo. Cuando al fin salieron de aquel suplicio, dijo a su jinete el raposo:

—Mira hacia arriba, Alejandro, y dime, ¿qué ves?

—Una estrella centelleante que marcha hacia el Oriente —contestó.

—Allí está el palacio a donde dirigimos nuestros pasos, y allí también tiene su morada el excelso pájaro de plumaje dorado. Pero te advierto, que para poder alcanzarlo, tienes que ser obediente a mis mandatos. Cuando lleguemos al palacio, adormeceré a la servidumbre, y cuando adviertas en ella el sueño, arrancas un pelo de mi rabo, y abres con él, con solo ponerlo en las cerraduras, las puertas que se te cierran al paso. Penetra de este modo en el salón del trono, allí hallarás, en dulce y tranquilo sueño, al áureo pájaro en una jaula riquísima y dorada que pende de la pared, y al lado verás también otra jaula vieja y tosca de madera. Sacas el pájaro de su jaula; lo metes en la otra, y te preparas en seguida para entregármela.

Dada esta explicación corrió el raposo con toda la velocidad que pudo imprimir a sus patas, y no tardaron en llegar al palacio, que, por estar recamado de láminas de oro, brillaba como el sol.

Alejandro hizo uso del pelo tomado del rabo del raposo y abrió, como se le tenía ordenado, la puerta principal de palacio, y subiendo la escalera fuéronse abriendo todas las puertas con el recurso del pelo consabido, hasta que llegó al salón del trono y en él vió colgada la jaula magnífica de oro, y dentro de ella al pajarito de sus deseos.

Alejandro fué a abrir la jaula para sacar al pájaro y meterlo en la de madera, cuando vió con asombro que el animal, al ser mudado de aposento, había perdido su brillo deslumbrante y adquirido un color gris y ceniciento que le daba un aspecto miserable. No comprendiendo Alejandro aquella transformación, tomó al pájaro de nuevo llevándolo a la jaula de oro; pero en este instante dió tan agudo silbido el pajarito, que, despertándose toda la servidumbre, corrió tras Alejandro para alcanzarle, como le alcanzó, y fué arrojado en un oscuro subterráneo, donde, encadenándolo, quedó aislado, sin otra compañía que las sombras que le rodeaban.

Abismado estaba Alejandro cuando sintió a su alrededor un ruido extraño, producido por el propio raposo que, a fuerza de trabajo, había conseguido hacer una galería que le llevase al subterráneo donde estaba preso y encadenado el joven. Al verle el raposo exclamó:

—Debia de hacerte pedazos por desobediente.

—Ayúdame primero. te lo suplico, a salir de esta prisión y ha-

blaremos después de la desobediencia que me imputas —contestó Alejandro humildemente.

—Aunque no eres mucho de fiar, como pides las cosas con tanta dulzura, te ayudaré a salir de este calabozo. Cuando amanezca te llevarán arriba y te preguntarán qué muerte prefieres, si la de ser ahorcado o quemado, a lo que contestarás que no quieres ni lo uno ni lo otro, y que si te dan el pájaro de oro para cuidar a tu padre, a cambio de un potro de la misma clase, procurarás obtenerlo de la cochera del rey de los duendes, que está a gran distancia de aquí. Y ese cambio que propondrás lo aceptarán sin titubeos ni dificultades de ninguna clase. Cuida ahora de no equivocarte como antes, puesto que te aconsejé dejaras el pajarito en la jaula de madera, e hiciste todo lo contrario, llevándolo a la jaula de oro en que estaba primeramente.

Tal como el raposo lo había dicho, sucedió. Cuando amanecía fué el guarda por el prisionero, y llevándolo a la presencia del rey, preguntóle si prefería ser ahorcado o quemado por haber pretendido robar el valioso pájaro de oro.

—No quiero que se me haga ni lo uno ni lo otro. Si pretendí llevarme vuestro pájaro, fué porque robé cuantas flores de oro producía el árbol del jardín de mi padre, que las quería para la curación total de su dolencia. Y como las flores desaparecieron, era ya preciso, para que lograra su salud, oyera el rey, mi padre, los tri-

nos suaves de vuestro pájaro. Y esa es la razón que me impulsa —dijo— a proponer el cambio de éste por el potro de la cochera del rey de los duendes.

Conocía el rey perfectamente bien la historia de ese caballo y había abrigado por mucho tiempo el deseo de poseerlo, por lo que, con harta alegría, aceptó la proposición de Alejandro. Inmediatamente ordenó se le pusiera en libertad, y, marchándose, encontróse al punto con el célebre raposo, que le dijo:

—Súbete sobre mis lomos.

Y, obedeciendo Alejandro, corrió aquel cuanto pudo, y en su fugaz carrera fué por bosques frondosísimos y espesos durante casi todo el día. Ya anochecido, díjole el raposo:

—Levántate y dime lo que ven tus ojos.

—Veo —observó Alejandro— la luna, que sale por Oriente.

—No —repuso aquel—. Lo que has visto es el propio palacio del rey de los duendes, al que pronto llegaremos, y

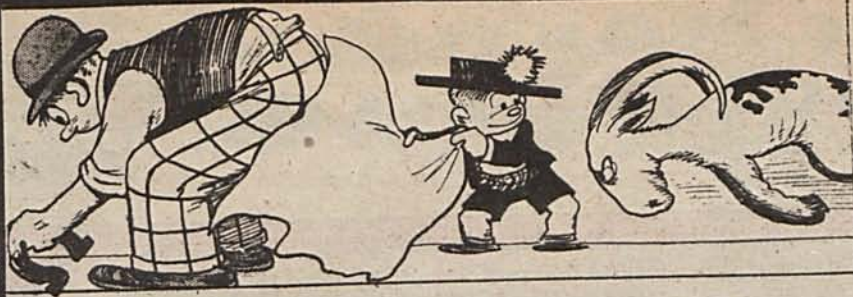
como está forrado de finas y delicadas láminas de plata, brilla como si fuesen los mismos resplandores de la luna. Cuando lleguemos adormeceré a todos sus habitantes, y con el pelo que arranques de mi rabo se abrirán las puertas que encuentres a tu paso. Cuando llegues al patio, verás a la derecha una cochera, en donde está solo el potro de oro atado a una fuerte barra de plata. Tiene el pelo de este metal con otros de oro entremezclados, tanto en el cuerpo como en las crines y en la cola, y es ello causa de que se le conozca con el significativo nombre de «El potro de oro». Está aparejado con silla, y estribos, y bridas de ese metal riquísimo y cuajado de piedras preciosas. Al lado del alazán hay otra silla y unas bridas deterioradas y bastas y un cabestro con una cuerda tosca y gruesa. Cuida de quitar al potro la silla y las bridas de oro, le pones las bastas y el cabestro de la cuerda tosca, y en esa forma te lo traes aquí.

(Continuará en el número próximo.)

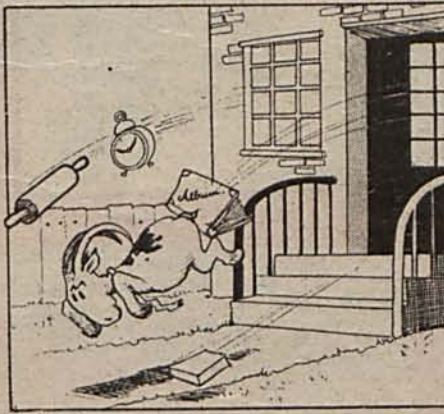
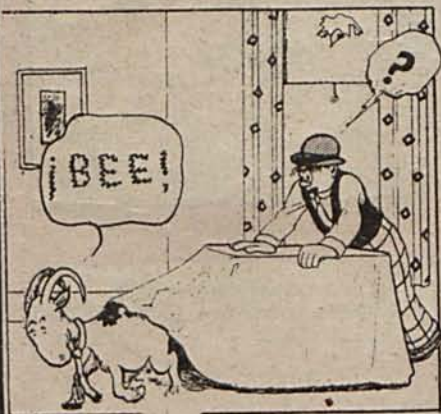
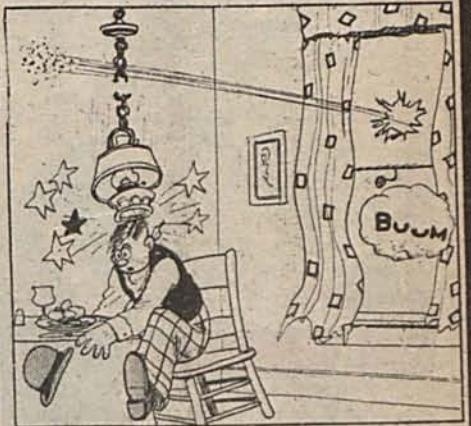
*De todos mis triunfos sobre el malvado CHAPETE, ninguno me gustó más que el que se cuenta en el tomo 37 de mis aventuras: PINOCHO SE HACE PELICANO. Leedlo y lo comprenderéis, además de divertiros más que nunca.*

PINOCHO





# POTIPÁN Y CAÑAMÓN







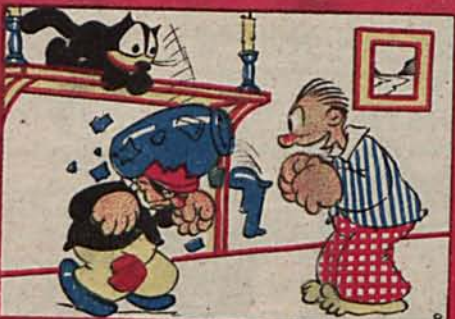
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



**LAURA**  
**LA COTONRA**  
**INDISCRETA**







## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





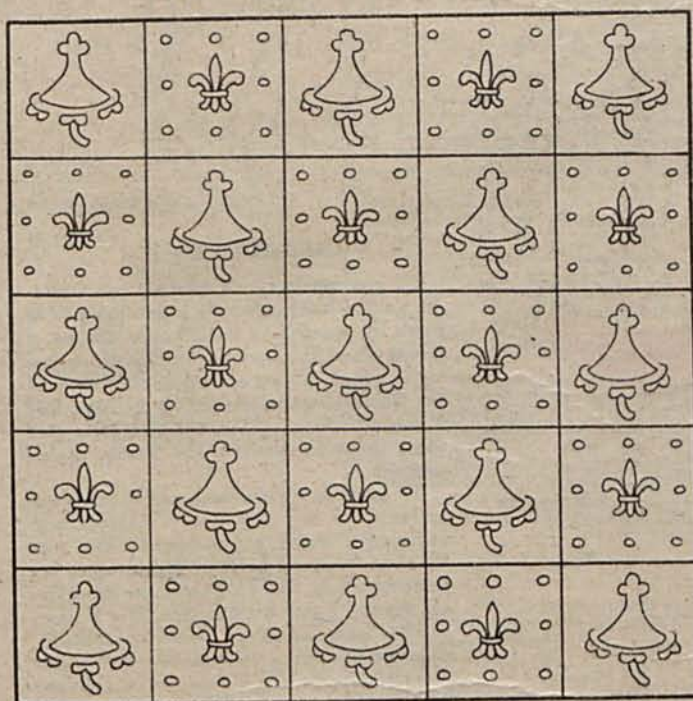
# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

¿DÓNDE ESTÁN LOS PADRES DE JUANITO?



Juanito tenía pocos juguetes. Se distraía con un ovillo de hilo y el gato. Sus papás le compraron un osito y un elefante. Ved al elefante sirviendo de percha y al osito al pie de la cama. Sus padres han colocado los juguetes en esta forma y ellos se han ocultado para tener el placer de ver los gestos de alegría que hará Juanito cuando se despierte y los vea. ¿Dónde están los padres de Juanito?

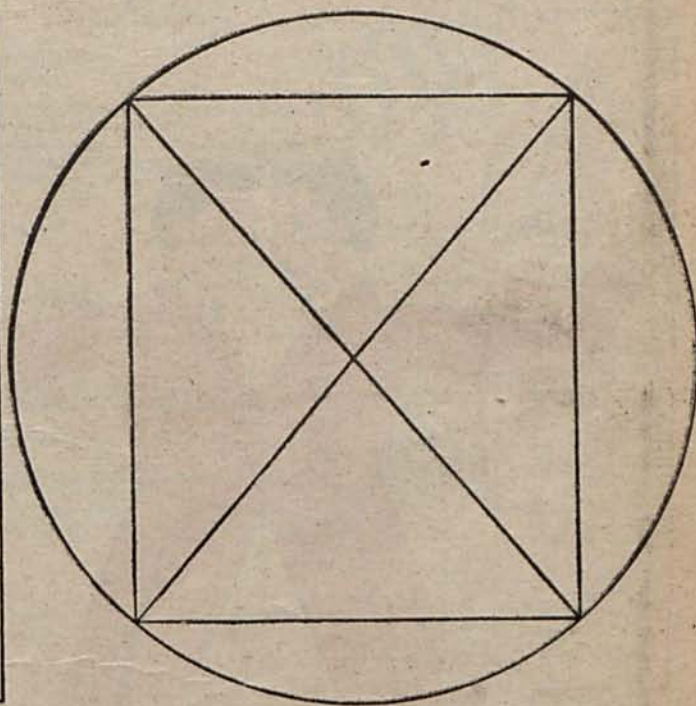
## EL TROZO DE DAMASCO



Una señora tenía un retal de damasco, completamente cuadrado, como el dibujo que veis aquí.

Con este retal quería hacer dos almohadones de distinto tamaño; pero que los dos fueran también cuadrados. Quería, como es natural, no estropear el damasco ni alterar el orden de colocación del dibujo, de forma que al terminar los almohadones estuvieran alternadas las flores de lis y las campanillas, como están en el modelo. haciendo los cortes por las líneas sin cortar ninguna flor. El número de trozos en que dividió el retal, fué cuatro. Haciendo dos almohadones, uno de 16 cuadrillos y otro de 9, que forman un total de veinticinco cuadrillos, que son los que tiene el retal. ¿En qué forma dió los cortes?

## CON UN SOLO TRAZO



Este ejercicio que aquí os doy parece, al primer golpe de vista, una cosa sencilla; pero no lo creáis. En nuestra redacción sólo lo han sacado Pirula, Morronguis y Chonón. De Chapete, ni hablar; éste todo su talento lo emplea en hacer daño.

Lucio Miraguano es el que más se ha acercado a la solución; pero sin hallarla exactamente. Y eso que, según me he enterado, se llevó el problema a la oficina, y sin que le viera don Amaro, estuvo sacándolo.

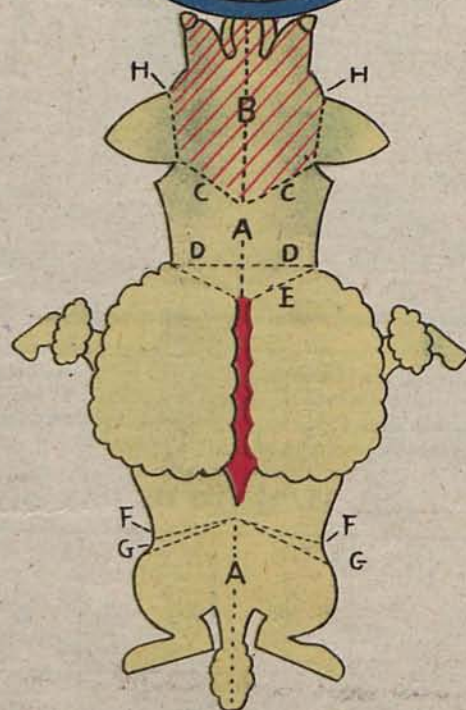
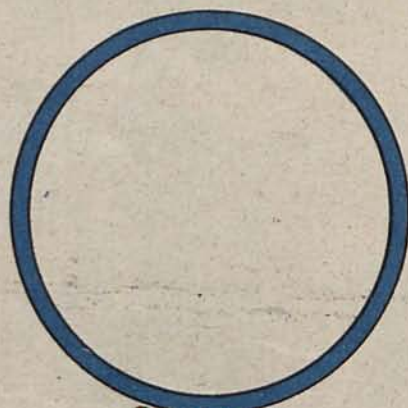
Sólo os diré lo que a ellos les dije: que hay que hacer ese dibujo de un trazo, sin levantar el lápiz ni pasar dos veces por una misma línea.



# SECCIÓN RECREATIVA



## FIGURAS RECORTABLES



### INSTRUCCIONES

**El domador.**—Recórtese con cuidado por la línea exterior y dóblese por la línea A, quedando ésta hacia afuera, y por la línea B, quedando dicha línea hacia adentro, y por consiguiente, los brazos hacia abajo, como en el modelo. Péguese el cuerpo y la cabeza un lado con otro, dejando sueltos los brazos y las piernas.

**El perro.**—Recórtese por la línea exterior y el aro por dentro, recortando también el espacio pintado de rojo que va en el lomo del perrito. Dóblese por las líneas A, C, E, G y H, quedando éstas hacia afuera, y por las líneas B, D y F, quedando hacia adentro. Una vez doblado, péguese la cabeza un lado con otro y por el sitio rayado con líneas rojas. Déjense sin pegar las patas para que, al separarlas, pueda sostenerse.

### NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construirsos estos preciosos muñecos.

Estas figuras no las recortéis del periódico, pues lo estropearías; calcadlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acerteis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.

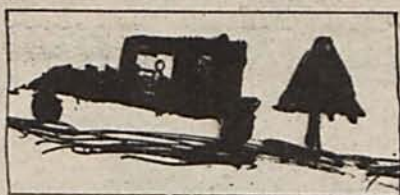




# COLABORACION PINOCHISTA



Mi conejo favorito.  
CARMEN LAGUNA.  
Doce años. Valladolid.



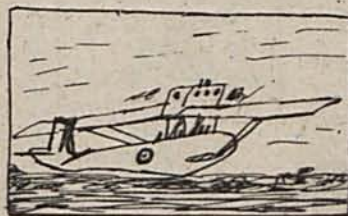
El «auto» de papá.  
JUAN ANTONIO COMYN.  
Diez años. Madrid.



Pinocho en su «auto».  
CONCHA GÓMEZ.  
Diez años. Madrid.



Morronguis.  
GERARDO PASTOR.  
Trece años. Valladolid.



El Plus Ultra.  
ANGEL C. STREIRA.  
Diez años. Córdoba.



Un futbolista.  
SALVADOR GÓMEZ.



Un amigo mío.  
SALVADOR GARCÍA.  
Doce años. Larache.

## La princesita pimpinela.

Era una linda princesita de quince años, rubia como el oro y con unos tirabuzones que eran la envidia de todas las princesas de aquellos tiempos.

Un día, al salir de paseo por el bosque contiguo a palacio, una bruja fea, con unos dientes y unas uñas como la espada de un alabardero, quiso besarla, y las duquesas ayas de la princesita que la acompañaban siempre lo impidieron. La bruja, en castigo al desaire que la hicieran, hizo que a la duquesa más orgullosa le saliese un bigote como el de un carabinero, y a la segunda una cresta en la frente como la de una gallina. La princesita, que tenía muy buen humor, las hizo mucha burla, y se divertía horrores viendo a sus ayas, las aristócratas más bellas de aquella comarca, hechas un adefesio; pero la bruja, que tenía muy mal corazón, convirtió a la princesita, tocándola con su varita mágica, en un feísimo pajarraco.

Pimpinela, que así se llamaba la princesita, lloró y pidió a la bruja que la devolviese su hermosura; pero la bruja se fué por el mismo camino que vino, sin ser vista.

La princesa Pimpinela volvió a casa de sus padres, que, al verla encantada en forma tan horrenda, se desmayaron, y al mes se murieron, quedando sola Pimpinela.

La princesita Catatú (que así la llamaban en su reino) se retiró a un castillo; en un precioso bosque de palmeras, esperando a que viniera un hada buena a desencantarla. Un día, estando la princesa en una palmera tomando el sol, vinieron unos cazadores, y uno de ellos, que era gran cazador, disparó, hiriendo a Catatú en una patita. Pimpinela, al momento, protestó enérgicamente, diciendo que aquellos eran sus dominios y que allí no se podía cazar; pero como tenía unos dolores horribles, suplicó a los cazadores que la llevasen a su casa. Entonces, uno de los «spotmen» se separó y a los diez minutos apareció con un precioso Citroen, en el que trasladaron a la princesa encantada a su castillo. Una vez en él se la atendió con esmero, y al despedirse de la princesa resultaron dos héroes muy conocidos: Pirula y Pinocho, que en sus famosos viajes lo mismo son príncipes que muñecos de cartón.

En vista de lo divertido de la aventura decidieron tomar el Citroen, y ra... ra... ra... llegaron a Madrid sin ningún contratiempo y convencidos de que no hay mejor país que la Corte, donde son la admiración de todos los «peques» españoles.

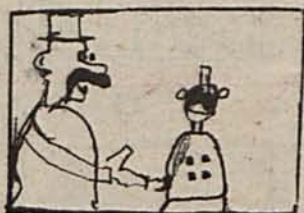
JOSEFINA RODRÍGUEZ.  
Once años. Bimeda (Asturias).



El cerdo de San Antonio.  
FELIPE PASTOR.  
Doce años. Valmaseda.



Un amigo del agricultor.  
ENRIQUE CASTRO.  
Madrid.



Curriche y Don Turulato.  
JESÚS CAPELLA.  
Ocho años.

## Nochebuena.

CUENTO

Érase un niño llamado Perico, de padres muy pobres; tan pobres, que no tenían siquiera un pedazo de pan para la cena de Navidad.

El había ido a rezar a una capilla y allí le pidió a la Virgen que no lo desamparase en aquella noche y le diera cena, juguetes y un empleo para su papá. Un señor, que también rezaba a su lado y oyó la súplica, le dijo:

—Niño, tu fe te salvará; esta noche tendrás todo lo que desees.  
Perico fué corriendo a donde sus padres a decirles que la Virgen les iba a socorrer; y esa noche encontraron cena, juguetes y un sobre que traía una recomendación para el papá de Perico.

Entonces fueron a donde el señor a darle las gracias y a la Virgen que los socorrió, y Colorín, colorín, la historia de Perico llegó a su fin.

EDELBERTO SOTO J.  
Doce años. Panamá (R. P.).

## El amor de un padre.

CUENTO ILUSTRADO

Era un matrimonio muy rico que tenía una hija. Este matrimonio, después de hecha la fortuna, decidió marchar a América, de donde era, y allá se fué.

Por el camino, la niña, que la llamaban Babi, salió a la cubierta, y entre el tumulto de gente se perdió; se asomó por una parte y tropezó con un grupo en el que había un hombre, una mujer y una niña. Al verlos la niña empezó a llorar; entonces le preguntaron:

—Niña, ¿por qué lloras?  
—Porque me he perdido y no encuentro a mis padres.  
—¿Adónde vives?  
—En el camarote número 4, pero no sé ir.  
Entonces el hombre ordenó a la niña:  
—Llévala tú que sabrás. (A esta niña la llamaban Raquel.)  
La llevó, y en el trayecto hablaron lo siguiente:  
—¿De quién eres tú hija?  
—Yo soy hija de unos millonarios.  
—¿Y tú?  
—Yo soy hija de unos pobres, que vamos a América... En esto llegaron al camarote, y su madre le dijo que ya estaba asustada por su tardanza. La niña entonces se lo contó todo, y la madre dijo:  
—Tú eres la niña que ha salvado a mi hija, y en recompensa te voy a dar estos cincuenta duros.

La niña los rechazó diciendo que la había salvado, no por el dinero, sino por salvarla. Los demás días las niñas estuvieron juntas. El último día conversaron.

—Raquel.—No nos veremos más en la vida; yo te regalo mi tarjeta.

—Pues yo te regalo como recuerdo esta muñeca, llamada Georgina, la más preciada por mí.

Después se besaron y se despidieron.

Pasaron dos años.

Un día venía de pasear la familia de Babi y tropezó con unos ladrones que la hicieron alto; en seguida les despojaron de sus ropas y su dinero, y después les condenaron a muerte, y al entrar en la cabaña, Babi exclamó:

—¡Mi muñeca Georgina!

Entonces se dirigió al jefe y le dijo:

—¿Quién es usted?

Recordó entonces el jefe, que era el padre de Raquel, y dijo:

—Tú eres aquella niña que se perdió y mi hija te llevó a tu camarote.

—¿Dónde está?

—Me la robaron unos criminales, y a mi mujer, y desde entonces soy quien soy. Pueden ustedes marcharse. —Dadles todo lo suyo—ordenó.

Por el camino decía Babi:

—Mamá, nos ha salvado mi muñeca Georgina.

A lo que su madre repuso:

—¡Ca, te equivocas; nos ha salvado el amor de un padre!

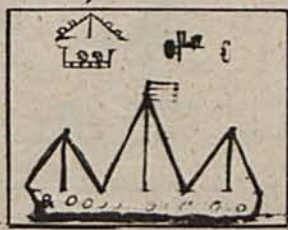
ANTONIO MACIÁ SERRANO.  
Trece años. Elche (Alicante).



El bastón de mi amiga Pilar.  
JOSEFINA CHICO.  
Once años. Valladolid.



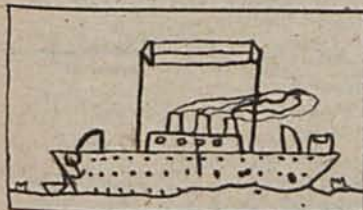
Árabe.  
PEPITA ELICHOUI.  
Un enanito.  
RUBÉN MENÉNDEZ.  
Nueve años. Cuba.



El vapor de Pinocho y Pirula.  
MANOLO SOLER.  
Siete años. Madrid.



Jugando al «tennis».  
LILÍ RODRÍGUEZ.  
Doce años. Madrid.



El barco de Pinocho.  
ALFONSO SÁNCHEZ.  
Seis años. Madrid.



Camino de Buenos Aires.  
CONCHA SALLA.  
Diez años. Madrid.



Un quinto.  
PILAR CASAS.  
Diez años. Valladolid.

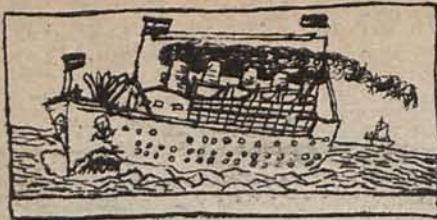


Pinocho toma café de Costa Rica.  
VIRGINIA TREJOS.  
Costa Rica.

## IMPORTANTE

Por las razones ya expuestas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.





Un transatlántico.  
ERNESTITO CONUEN.  
Ocho años. Madrid.



Mi perro favorito.  
CONCHITA ABELLÓ.  
11 años. Barcelona.



Pinocho, Currinche y Don Turulato.  
P. FIGUEROA.  
Diez años. Ceuta.



Pinocho avisador.  
R. KELLER.



Un pollo caraba.  
M.ª LUISA ARRI-  
BAS.  
Doce años.



Don Lucio.  
R. MORIALDO.  
Diez años.



Un lacayo.  
CHOLA MENÉNDEZ.  
Trece años. Coruña.



Pinocho en el  
Polo.  
F. C.—13 años.



Un aviador.  
LUIS VEGA.



Tres «peletas».  
ANGELITA DOMÍ-  
NGUEZ.  
Siete años. Madrid.



Pirula en su cuarto.  
CONSUELO ZOBEL.  
Once años. Manila.



Muñecas.  
JUANITA MUÑOZ.  
Once años.  
Madrid.



A la «Comis».  
JOSÉ ARCE.



Don Turulato y Cu-  
rrinche.  
DIEGUITO MUÑOZ.  
10 años. Albacete.



Don Quijote.  
RITA SIDRO.  
11 años. Madrid.



Beneficio de café.  
J. T.—Costa Rica.

### Cuento.

Ya hace mucho tiempo vivía una honrada familia compuesta por el padre, honrado leñador, la madre y cinco hijos, el mayor de los cuales apenas contaba doce años. Un día, el mayor de los niños, llamado José, oyó quejarse a sus padres de la precaria situación en que se hallaban.

Llegó la noche y José acostóse con la idea fija de la apurada situación de sus padres, y en este estado de ánimo pasó parte de la noche hasta que se durmió rendido de fatiga, y en sueños se le presentó un anciano de aspecto venerable, que le dijo:

—Mañana vete al bosque, y cuando llegues a la plazoleta que hay en su centro te pones mirando al Norte, y por la hilera de árboles que estará enfrente de ti contarás hasta el décimo árbol, y subiendo a su copa verás que está hueco, deslízate a su fondo y encontrarás una olla llena de dinero, con el que tendrás para satisfacer vuestras necesidades y ejercer la caridad.

Y dichas estas palabras desapareció.

Apenas amaneció se levantó nuestro amigo, y provisto de una cuerda se dirigió al vecino bosque; una vez en la plazoleta y contados los diez árboles empezó la ascensión, y una vez en la copa se deslizó por la abertura que, en efecto, presentaba el árbol, y en el fondo vio, con alegría, una olla llena hasta los bordes de monedas de oro; loco de alegría sacó la olla del árbol y empezó dichoso el regreso a la casa paterna.

Cuando llegó, ya bien entrada la mañana, vio a sus padres que, angustiados, oteaban el campo buscándole; entonces les entregó el dinero y les refirió como lo encontró, y todos juntos elevaron sus preces al Señor en acción de gracias por haberles sacado de la miseria.

Y desde entonces vivieron felices practicando el bien, que es una de las acciones más nobles con que se puede honrar el hombre.

LORENZO LÓPEZ.  
Catorce años. Astorga.

### El príncipe generoso.

Pues, señor, érase una vez un pueblecito que se llamaba Trijueque; todos sus habitantes eran labradores. Una mañana Rosita fue a llevar la comida a su padre, que trabajaba en una viña muy lejos. Como estaba muy cansada se sentó al pie de un árbol y se quedó dormida.

Al poco rato pasó por allí el hijo del rey y se quedó parado al ver a aquella niña tan guapa, y sin que ella se despertara puso en su bolsillo algunas monedas de oro. Grande fue la sorpresa de Rosa al encontrarse con tanto dinero. Se lo dio a su padre y con él compraron una casita, que era modelo de orden y limpieza.

Unos días después pasó por allí una dama de la reina, y deseando tomar algo para refrescarse pidió leche, que le fué servida por la niña; le hizo algunas preguntas y quedó encantada de su clara inteligencia. Pidió permiso a los labradores para llevarse a Rosa e instruirla, y fué complacida. Hizo educar a la niña como si fuese hija suya, y aprovechó tan bien las lecciones que fué una de las más distinguidas jóvenes del país. Se enamoró de ella un gran señor y se casó con él después de hacer venir del pueblo a sus ancianos padres, y celebraron las bodas con gran pompa y regocijo.

MARÍA TERESA BONAL.  
Trece años. Zaragoza.

### El pequeño colegial.

Erase un niño muy desaplicado, que en dos años de colegio aún estaba en el último banco, y su madre, viendo que no adelantaba, le dijo:

—El día que te saquen del banco te obsequiaré con golosinas.  
Pasó algún tiempo, y al llegar una tarde del colegio le dijo a su mamá:

—Ya me han sacado del banco.  
Y su madre le dijo:  
—Vamos a comunicar tan gran noticia.  
Y se fué con el niño a casa de sus parientes, quienes le premiaron con golosinas. Por la noche, y de regreso a su casa, preguntó la madre:  
—¿Cómo es que te han sacado del banco, hijo mío? Habrás sido muy aplicado.  
—Pues es porque... lo tienen que pintar...

Pinocho, Pinochin, de este  
cuento es el fin.

GABRIELA RIGOBERTO.  
Trece años. Barcelona.

### En la botica.

A la farmacia de un pueblo llega una aldeana joven.

—¿Podría usted prepararme una purga de ricino que se pueda tomar sin que dé náuseas?

—Sí, señora; déntese un momento, y mientras la preparo tome usted un vasito de jarabe de limón, que viene usted muy sofocada.

—Muchas gracias, señor boticario.

Pasan veinte minutos y la mujer pregunta de nuevo al farmacéutico:

—¿Va a tardar mucho en sacarme esa purga?

—Pero ¿todavía no le hace efecto?

—¿A quién, a mí?

—Sí, señora; le he dado el aceite de ricino mezclado con limón.

—¿Pero si lo quería para un hermanico mío!

—Pues otra vez habla más claro, alma de cántaro.

JUAN A. VALDÉS.  
Panamá.

### No seas desobedientes.

En una cabaña habitaba un pobre leñador con su hijo, niño de once años de edad. Pedro, que así se llamaba el niño, era muy desobediente y, además, tenía el defecto de que era vicioso. Uno de los vicios que le dominaban era el del vino. Pedro fué creciendo dentro del abominable vicio; siempre frecuentaba las tabernas entre la gente maleante, hasta que llegó a los veinte años, tiempo de ir al servicio; su padre le despidió con lágrimas en los ojos, suplicándole que dejara el feo vicio de beber. Pedro así lo prometió, y al poco rato embarcaba con rumbo a Tetuán.

Una vez en Tetuán, le destinaron a una posición muy peligrosa, no ocurriéndole nada digno de mención. Una noche, Pedro se emborrachó con unos compañeros y salió fuera de la posición, y como el centinela tenía la consigna de que a todo el que viera fuera de la posición le disparara un tiro si no contestaba a la voz de alto, como iba borracho no contestó y le dispararon, dejándole muerto al instante.

Ya veis cómo la desobediencia acarrea serias desgracias.

Y colorín, colorado,  
este cuento ha terminado.

LUIS MEJÓN CARRASCO.  
Once años. Valencia.



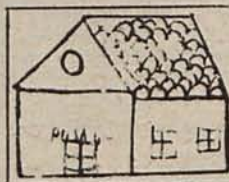
Mi casa.  
JOSÉ LABERGE.



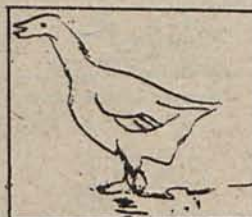
Don Turulato.  
CÉSAR DUQUE.  
Diez años. Avila.



Cabeza.  
A. G. Málaga.



Mi casa.  
CARMEN CASAS.



El pato de Pinocho.  
JUAN ARLIS.  
Ocho años. Barcelona.



Fumadores.  
SANCHA OFELIA.  
Cuatro años. Madrid.



Buena presa.  
RODRIGO POMAR.  
Diez años.



Mis pollitos.  
CH. G.—Málaga.





Estos muñecos son obra de un Pinochista entusiasta y malogrado, Pepin Menéndez, de La Calzada (Asturias), que para dar prueba de su cariño a PINOCHO había emprendido la tarea de reproducir en madera todos los personajes de nuestra revista con el intento de enviarlos a un *Certamen Nacional del Trabajo*, y si resultaban premiados, regalarlos con el premio a PINOCHO. Según nos dice en conmovedora carta D. Sergio Menéndez, padre de nuestro inolvidable Pinochista, el pobre Pepin falleció antes de terminar su tarea y de lograr el propósito que había formado con tanto amor. Y el Sr. Menéndez, por cumplir el último deseo de su hijito, nos ha enviado sus muñecos sin terminar.

El fallido intento del pobre niño muerto nos parece símbolo sagrado del entusiasmo ardiente con que en muchos miles de hogares españoles e hispanoamericanos vibran los tiernos corazones al conjuro de nuestro PINOCHO. Y por una vez, nos ponemos serios para rendir en este piadoso tributo a la memoria de Pepin Menéndez (q. D. h.) un homenaje fervoroso al cariño con que tantos niños nos pagan espléndidamente nuestra buena voluntad.

Quando los Pinochistas de hoy se hagan hombres, guardarán, sin duda, un recuerdo para la revista que cultivó lo más puro y entrañable del alma humana: la ilusión infantil.



## ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



- Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
- Hoy quisiera saber, amigo buho, algo sobre la historia del reloj.
- Ciertamente, has fijado tu curiosidad en un aparatito que es prodigio de mecánica y precisión; pero has de saber, amigo Chonón, que antes de inventarse esta máquina tan perfecta que nos mide el tiempo, se utilizaron otros ingeniosos procedimientos que voy a contarte.
- Me tienes, querido buho, pendiente de tus sabias palabras.
- Yo creo que de todos los sistemas de relojes, el más primitivo y el más simple es el que consistía en clavar una vara en tierra y marcar los distintos puntos a que iba alcanzando la sombra de la vara. El mediodía era el momento de sombra más corta.
- Pero, ¿y por la noche?
- Por la noche, curioso Chonón, empleaban unas bujías en las que pintaban unas franjas blancas y otras negras, de igual anchura, para que el tiempo que tardase en consumirse la cera de cada franja, fuese el mismo. Ya sé que vas a decirme que este procedimiento no resultaba económico, ¿verdad?
- Has adivinado mi preocupación.
- En vez de bujías se utilizaban también cuerdas de cáñamo, en las que se hacían unos nudos a iguales distancias.
- Y, claro, prendían fuego a la cuerda y se iba consumiendo poco a poco y con regularidad, ¿no es eso?
- Exactamente. Sólo te falta saber que hay países, como Corea, donde aún se emplea este reloj tan sencillo.
- Sencillo e ingenioso; pero ¿cómo se acuerdan de los nudos o franjas de cera que el fuego ha quemado?
- No perdonas nada, curioso Chonón. Para eso marcan los nudos o franjas con números, y ya tienes resuelta tu duda.
- Y dime ahora, ¡mi admirado buho! ¿No hubo también unos relojes que se llamaron «de sol»?
- No solamente los hubo, sino que los hay. Si te fijas en las torres de algunas iglesias y en otros muchos sitios soleados, los verás todavía. Por cierto que es el reloj más exacto. Ni se adelanta ni se atrasa nunca, porque su funcionamiento depende de la marcha de la Tierra alrededor del sol.
- Pero ¿y si está nublado?

- Mira, Chonón, esas preguntas no son dignas de ti. Si está nublado, no hay sol, y si no hay sol, no hay reloj. Déjame seguir. El reloj de sol es un cuadrante dividido en horas que se indican con números, y en este cuadrante se levanta, con determinada inclinación, una varilla llamada *estilo*, cuya sombra señala la hora que es.
- Te pido perdón por mi pregunta tan tonta, y una vez más me admiro ante tu cultura. Pero háblame de los relojes de ahora, de esas pequeñas máquinas tan complicadas, tan precisas.
- Por lo de precisas y complicadas, paso; pero por lo de pequeñas, no. Hay relojes, amigo Chonón, como el de la Torre del Reloj, de Londres, que son gigantescos.
- ¿Gigantescos has dicho?
- Figúrate que cada una de las cuatro esferas que tiene, mide ocho metros y medio de diámetro; que sus manecillas tienen más de cuatro metros de largo; que su péndulo pesa doscientos kilos, más o menos, (doscientos kilos), y que cada vez que el minuterero avanza (ese avance que en los relojes de pared es imperceptible), lo hace en saltos de quince centímetros.
- Tienes razón en no consentirme que llame pequeños a todos los relojes. ¡Qué grande es éste de la Torre del Reloj, de Londres!
- Como que además tiene una campana de dos metros y medio de alto por tres de diámetro en su boca, y el martillo que hace las veces de badajo pesa otros doscientos kilos!
- No hay que decir que ésta es la mayor campana del mundo.
- No hay que decirlo porque no es verdad, querido Chonón. Las hay mayores, mucho mayores. Es enorme reconocerlo; pero es así. En Rusia (en Moscú) hay una campana que pesa doscientos cuarenta y seis mil quinientos kilos y tiene seis metros y medio de diámetro. ¿Qué te parece?
- Que de no decírmelo tú, que siempre me dices la verdad, yo no lo creería.
- A esta campana han tenido que abrirle una brecha porque su sonido rompía los cristales de las casas vecinas.
- ¡Pobres vecinos los de antes!
- A todo esto, querido Chonón, mira a ver qué hora es.
- Muy tarde, amigo buho.
- Pues entonces, hasta otro día.
- Hasta otro día.



# FALLO DEL JURADO DEL CONCURSO DE CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS E HISTORIETAS DEL MES DE JUNIO CORRESPONDIENTES A LOS NÚMEROS 68, 69, 70 Y 71 DE «PINOCHO»

*Pinocho ha mirado y remirado con hondo y vivo interés los chistes, los cuentos, los dibujos y las historietas publicados en los cuatro números del mes de junio, y después de un examen detenidísimo, ha adjudicado los premios —consistentes éstos en un cuento de Calleja en colores y un diploma— a los siguientes Pinochistas:*

## Chistes ilustrados.

Pilar Baños y Corredor, nueve años, Fuenterrabía. (Publicado en el núm. 69.)

José Mata, once años, Madrid. (Publicado en el núm. 70.)

## Cuentos.

Maria Rosa Martínez Elcarte, nueve años, Madrid. *El tesoro del ogo.* (Publicado en el núm. 70.)

Angeles González, once años, Santa Cruz. *Cuento.* (Publicado en el núm. 70.)

## Historietas.

Mariano Urdiain, nueve años, Madrid. *Pinocho, enamorado.* (Publicado en el núm. 71.)

Luis García Ruiz, catorce años, León. *Cebollín y Cebolleta.* (Publicado en el núm. 71.)

## MENCIONES HONORÍFICAS

*Como menciones honoríficas, con derecho a diploma, publicamos los nombres de los Pinochistas cuyos trabajos, insertos en los números del mes de junio de PINOCHO, han merecido el elogio unánime del jurado competente.*

*La lista de Pinochistas diplomados es la que sigue:*

## Chistes ilustrados.

Eduardo Sánchez, Valencia (núm. 70); Víctor Fernández, Soto del Barco (núm. 69); Carlos Frias, Albacete (núm. 69); F. A., Málaga (núm. 69); Agustín Sáenz, Baeza (núm. 70); Joaquín Zugasti, Buenos Aires (núm. 70); Gabriel C. López (núm. 70); M. Perla (núm. 70); Manuel Hidalgo Domínguez (núm. 68); Ramona Eraso, Cuenca (núm. 68); Carlos Quesada, Madrid (núm. 70); Fernando G. Guijarro, Madrid (núm. 69); Angelita Baños, Fuenterrabía (núm. 68); Américo Falori, Buenos Aires (núm. 70); Adrián Talegón,

Madrid (núm. 68); Alberto Simón (núm. 68); Manolo Robles, Madrid (núm. 68); José González, Ceuta (núm. 70); Laura Baizau, Ceuta (núm. 68); Sebastián Trujols (núm. 70); Wifredo Martínez (núm. 69); Pedro Ruiz, Cabeza del Buey (núm. 68); Rafael Martínez, Madrid (núm. 70); Cristina R. de Cuesta, Santander (núm. 68); Víctor Fernández, La Magdalena (núm. 68); Evelio Rodríguez, Madrid (núm. 69); R. Rodríguez, Marín (núm. 68); A. B., Melilla (núm. 68); Milagritos, Segovia (núm. 68); Fernando Cádiz, La Coruña (núm. 69); María del Pilar Berazau, Carcarana (núm. 68); G. R., Barcelona (núm. 68); María Dolores del Villar, Málaga (núm. 68); Carmen Espinosa (núm. 68); Víctor Manuel Corugedo, Cangas de Onís (núm. 68); F. González, Ceuta (núm. 68); Antonio Vildasola, San Sebastián (núm. 68); José Amiguetti, Tetuán (núm. 68); Adrián Talegón, Madrid (núm. 68).

## Cuentos.

Felisa Fernández de la Puente, Palencia (núm. 69); Cristina R. de la Cuesta, Santander (núm. 69).

## Historietas.

José Serrano Cubillo, Villanueva-Minas (núm. 71); Demetrio E. Valdés, Panamá (núm. 71); Antonio N. V. (núm. 71); Julián Martín, Buenos Aires (núm. 71); Carlos Fernández, Cerdilla (núm. 71); Eduardo Cencillo, Granada (núm. 71); José María Aguirre (núm. 71); M. S. C., Sevilla (núm. 71).

*Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato (para publicarlo en la revista). Los que deseen recibir su premio o simplemente su diploma en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América), deberán escribir a PINOCHO —Apartado 447, Madrid—, reclamando el premio y el diploma que le haya correspondido, o el diploma solamente (los Pinochistas de América tendrán tres meses para reclamarlos), acompañando a su carta una peseta en sellos para gastos de envío.*

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

1.ª Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.ª Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.ª Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.ª Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Desde ahora sólo podrán tomar parte en estos concursos los suscritores por año, por semestre o por trimestre.

5.ª Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. Desde ahora sólo los suscritores podrán enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

### Si la suscripción es por un trimestre

1.ª Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

2.ª Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## TAPAS PARA ENCUADERNAR «PINOCHO»



	PRECIO
TOMO I.—Febrero-Julio, 1925.....	5 pesetas.
Para los suscritores .....	3 »
TOMO II.—Agosto-Diciembre, 1925.....	5 »
Para los suscritores .....	3 »
TOMO III.—Enero-Junio, 1926.....	5 »
Para los suscritores .....	3 »
TOMO IV.—Julio-Diciembre, 1926.....	5 »
Para los suscritores .....	3 »

## YA HAY EJEMPLARES

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

**Pinocho en la India.**

**Pinocho I el cigüeño.**

**Pinocho, domador.**

**Las jugarretas de Chapete.**

**Chapete en la isla de los muñecos.**

**El nacimiento de Pinocho.**

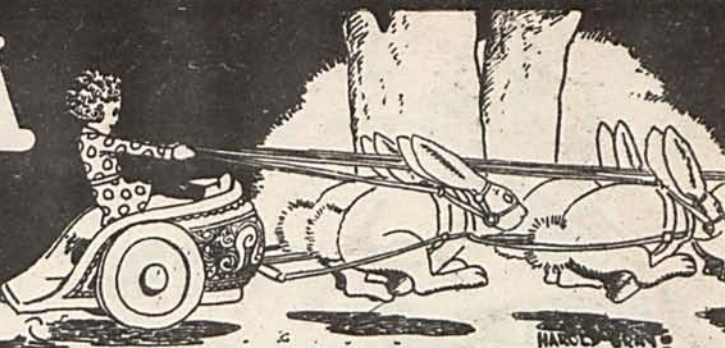
CADA TOMO 1,50 PESETAS

En todas las librerías y en Editorial «Saturnino Calleja», S. A. — Apartado 447 - Madrid, que los remite a toda España y América con solo pedirlos con su importe. Añádase al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.

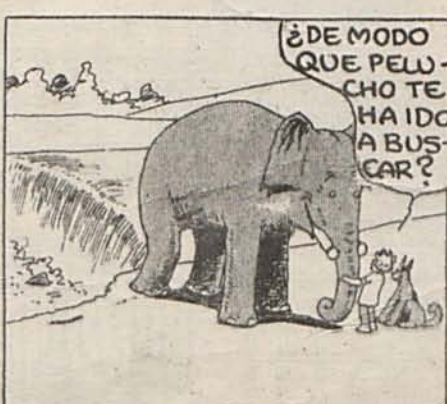
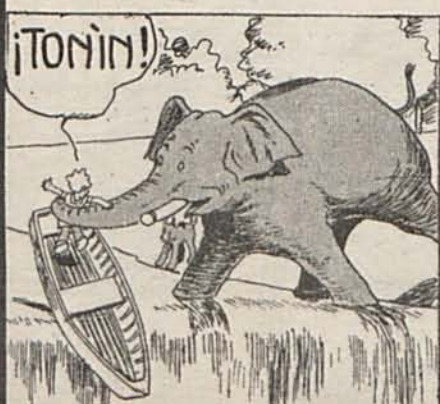


# ANITA

## BUEN-CORAZON



HAROLD BATES







# Sección Pirula

## CHARLAS DE PIRULA

*Pieles suntuosas... de lana.*

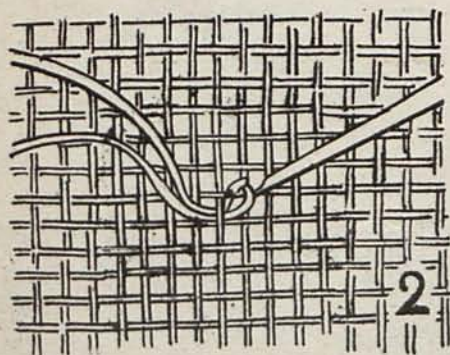
Terminaron las épocas del calor, de las vacaciones y de los melones y entramos en la de las clases, el frío, las castañas calentitas... y las pieles.

Porque también los monigotes de la casa —o sea los

niños y las muñecas— gastamos pieles. Recuerdo que una vez mi mamá me

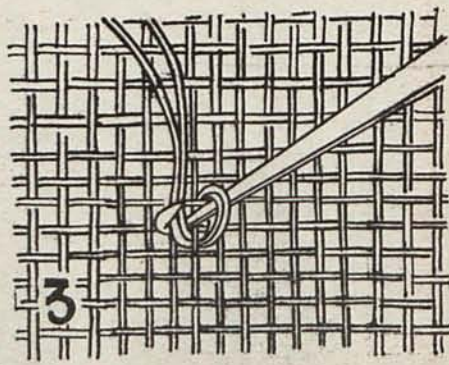
o de gato, lo cual, además de ser horrible, suele dar pésimos resultados.

Yo conozco un tercer recurso que me parece preferible a estos dos, porque siendo sumamente bonito, gracioso y grato de llenar, es económico y de buen gusto, pues carece de pretensiones de imitación: me refiero a las pieles de lana; en efecto, no pretenden imitar a las legítimas, ni pueden confundirse con ellas, pero las sustituyen perfectamente, sobre todo en los trajes de las niñas y también



adornó un vestido de crespón rosa con una franja de piel de zibelina hecha con recortes de un abrigo de mi abuela, señora que tenía a la sazón veintisiete años. (Mi mamá tenía, según decía ella, seis años y medio.)

Como las pieles están carísimas, no siempre las mamás (me refiero a las vuestras) pueden o quieren gastarse un dineral para adornar los trajes y abrigos de sus muñecas (me refiero a las muñecas de las señoras, que son las niñas). En tal caso, hay dos recursos: o prescindir de los adornos de piel, y ésto es lástima, pues son cálidos y bonitos, o conformarse con imitaciones hechas con pieles de conejo, cuando no de cabra



en los de *todo trote* de las señoras.

Además, ofrecen una magnífica ventaja, sin la cual yo no las hubiera admitido en esta sección; y es que podéis fabricarlas fácilmente con hebras de lana y cañamazo, según os indico en los grabados 1, 2, 3 y 4.

Estas pieles de lana resultan preciosas en blanco con dibujos negros, o viceversa, o en cualquier tono neutro —gris, marrón o beige— con dibujos blancos o en varios matices de un solo color. Sirven para hacer o adornar cuellos, puños y bolsillos de abrigo o para hacer franjas, con los que se bordean los *sweaters* o los *echarpes*, etc. Lo esencial es cuidar de igualar perfectamente los cabos con tijeras, según veis en la fig. 5.<sup>a</sup>

